

Mensaje de Mons. Angel Rossi en la convocatoria:

Basta de droga, basta de violencia. Estamos a tiempo

Si hay algo que hoy nos une a los argentinos y a los cordobeses de buena voluntad es este clamor que nace de lo hondo del corazón, este grito entrañable, que brota con una mezcla de angustia, de miedo, de bronca, de impotencia, pero fundamentalmente también de esperanza. Esperanza de que estamos a tiempo, esperanza de que otra patria es posible, que entre todos podemos,

Basta de droga y de violencia: Un anhelo que no sabe de grieta, al contrario, es puente que une a las orillas distantes... no sabe de banderías, no tiene partido, es de todos, es del pueblo. No es la consigna de ninguna facción, porque es la de todos, la que nos une a todos, la que nos sienta en una mesa común a todos, donde el tema central sea no la tajada propia, egoísta, sino el bien común de nuestra gente, el cuidado de todos y especialmente de los más débiles, los más vulnerados y vulnerables, los descartados, los tirados al borde del camino, que es lo que hace de la política una de las expresiones más altas de la caridad, del amor, tal como nos dice el papa Francisco.

Este grito, este anhelo tampoco es exclusividad de ninguna religión, es un lugar sagrado que nos une a todas los credos, es un templo común, donde hay lugar también para quienes no profesan ninguna fe, donde descalzamos el alma, juntamos las manos, donde lloramos y rezamos, porque nos duele y nos llena de impotencia ver a nuestros niños y jóvenes hechos víctimas de la miserabilidad de unos pocos, porque nos parte el alma el encierro de nuestros abuelos en nuestros barrios, en vez de poder salir a la vereda, sacar las reposeras y la mesita, compartir unos mates conversando en familia y con los vecinos, y disfrutar de la puesta del sol. Porque nos desespera la deserción de los chicos en el

colegio, las aulas despobladas, reemplazadas por una esquina del barrio o un rincón de la placita.

Rezamos, juntamos las manos pero después de juntarlas, las abrimos para el servicio, para darlas, para meterlas sin miedo de que se ensucien, pero que se ensucien en el barro de nuestra debilidad y no en el fango de la corrupción, Y las metemos todos, según la misión o la vocación o el sitio donde Dios nos ha puesto. De lo contrario ellos seguirán ganando.

Algunos tienen por supuesto, dada su función, más responsabilidad que otros en esta labor, pero de esta no zafa nadie.

Somos conscientes que hay realidades que los ciudadanos del llano no podemos manejar, que superan nuestras modestas posibilidades:

Cuestiones de macroeconomías, de alta política, de juego de los poderosos, que ciertamente a la mayoría nos superan, pero que está al alcance de instituciones que sí pueden y deben administrar para el bien común.

Y junto con esta obligación, en el escenario más cercano –y por ello más humano-; en el contexto de las cosas cotidianas (donde la vida real pasa, a veces inadvertida), algo tenemos que hacer bajo la bandera de la solidaridad.

Algo debemos hacer para apagar alguna lágrima,

Para mitigar alguna herida,

Para acompañar alguna soledad,

Para satisfacer algún vacío en el alma, o en el vientre.

Para encender una luz en tantas situaciones tenebrosas.

En todo caso esta Es Misión compartida: "Estamos todos en la misma barca", nos lo recordó Francisco. Y es verdad. El problema es como dice el P. Rafael Velasco que mientras unos viajan en primera otros van amontonados en la bodega. Unos pudiendo disfrutar de las bondades del restaurante de cubierta y

otros anónimos y valientes a la fuerza, trabajando para que todos estemos lo más a salvo posible. Si hoy valoramos y aplaudimos a los que trabajan para que la nave no naufrague, sería muy bueno y digno que cuando el peligro haya pasado, no los lancemos por la borda.

Y ante esos problemas que generan además un injusto reparto de las riquezas, un desprecio de culturas no dominantes, un egoísmo que impide que las personas puedan desarrollar todas sus capacidades, un aumento del número de descartados a raíz de la pobreza, explotación, exclusión, soledad e indiferencia ... **el Papa nos invita a no contagiarnos con “los síntomas de una sociedad enferma, porque busca construirse de espaldas al dolor” y mirar el modelo de amor del buen samaritano basado en la atención al débil, el cuidado del enfermo, la cercanía al otro, la escucha y el diálogo, la pacífica resolución de conflictos, la unidad ante los problemas que enfrentamos, la salida de nosotros mismos al encuentro del hermano siendo capaces de renunciar a nuestros propios intereses.**

Vuelvo a lo que les dije antes: Estamos a tiempo, pero que nos quede claro que si no actuamos hoy, dejaremos de ser protagonistas, parte de la solución de este drama, de esta lucha, para convertirnos en meros espectadores de esta tragedia, contemplaremos esta película de terror desde la butaca de nuestra indiferencia o de nuestra negligencia cómplice.

Aquí simplemente hay dos tipos de personas: las que se hacen cargo del dolor y las que pasan de largo; las que se inclinan reconociendo al caído y las que distraen su mirada y aceleran el paso.

En efecto, nuestras múltiples máscaras, nuestras etiquetas y nuestros disfraces hoy se caen: es la hora de la verdad. ¿Nos inclinaremos para tocar y curar las heridas de los otros? ¿Nos inclinaremos para cargarnos al hombro unos a otros? Este es el

desafío presente, al que no hemos de tenerle miedo. En los momentos de crisis la opción se vuelve acuciante: podríamos decir con el Papa que, en este momento, todo el que no pasa de largo, es porque está entre los heridos o está cargando sobre sus hombros a alguno de ellos”.

Tenemos la **obligación cívica**, del compromiso con los marginados y sufrientes... compromiso que debiera ratificarse cada mañana como un ejercicio practicado en clave de afectos.

(humanidad y trato cordial).

Ser solidario en el mundo de hoy no es la práctica de algunos gestos amables esporádicos, sino que hace a nuestra identidad de personas.

Ser solidario es atreverse a poseer la constante sensibilidad de que nos duela, un poco al menos, el dolor de los dolidos. Que nos duela lo que otros sufren, y haciéndolo nuestro, obremos en consecuencia.

Algo podemos hacer por los demás. Y si algo es posible hacer, debemos hacerlo.

Atrevámonos a soñar, como insiste Francisco:

Con la mente y el corazón, con esperanza y sin vana nostalgia, sueño un nuevo humanismo, (una siempre nueva Argentina, para el que hace falta memoria, valor y una sana y humana utopía» [10]. Sueño una Argentina joven, capaz de ser todavía madre: una madre que tenga vida, porque respeta la vida y ofrece esperanza de vida. Sueño una Argentina que se hace cargo del niño y del joven.

que como un hermano socorre al pobre y a los migrantes que vienen en busca de acogida, porque ya no tienen nada y piden refugio. Sueño una Argentina que escucha y valora a los enfermos y a los ancianos, para que no sean reducidos a objetos improductivos de descarte. Sueño una Argentina donde los jóvenes respiren el aire limpio de la honestidad, y de una vida sencilla, no contaminada por las infinitas necesidades del consumismo; Sueño una Argentina de las familias, con políticas

realmente eficaces, centradas en los rostros más que en los números, en el nacimiento de hijos más que en el aumento de los bienes. Sueño una Argentina que promueva y proteja los derechos de cada uno, sin olvidar los deberes para con todos.

Retomando el desafío de la esperanza, por encima de los miedos y las broncas, dejémonos decir, en palabras de Mario Benedetti:

No te rindas (Mario Benedetti)

No te rindas, aún estas a tiempo
De alcanzar y comenzar de nuevo
Aceptar tus sombras,
Enterrar tus miedos,
Liberar el lastre
Retomar el vuelo

No te rindas que la vida es eso,
Continuar el viaje,
Perseguir tus sueños,

No te rindas, por favor no cedas
Aunque el frío queme,
Aunque el miedo muerda,
Aunque el sol se esconda,
Y se calle el viento,
Aún hay fuego en tu alma,
Aún hay vida en tus sueños.
Porque la vida es tuya y
Tuyo también el deseo
Porque no hay heridas que no cure el tiempo

Abrir las puertas,
Quitar los cerrojos
Abandonar las murallas que te protegieron
Vivir la vida y aceptar el reto
Recuperar la risa,
Bajar la guardia y extender las manos
Desplegar las alas
E intentar de nuevo,

Celebrar la vida y retomar los cielos

No te rindas, por favor no cedas,
Porque cada día es un comienzo nuevo,
Porque esta es la hora y mejor momento.
Porque no estás solo,
Porque yo te quiero.

+ Mons. Ángel Rossi Sixto
Arzobispo de Córdoba